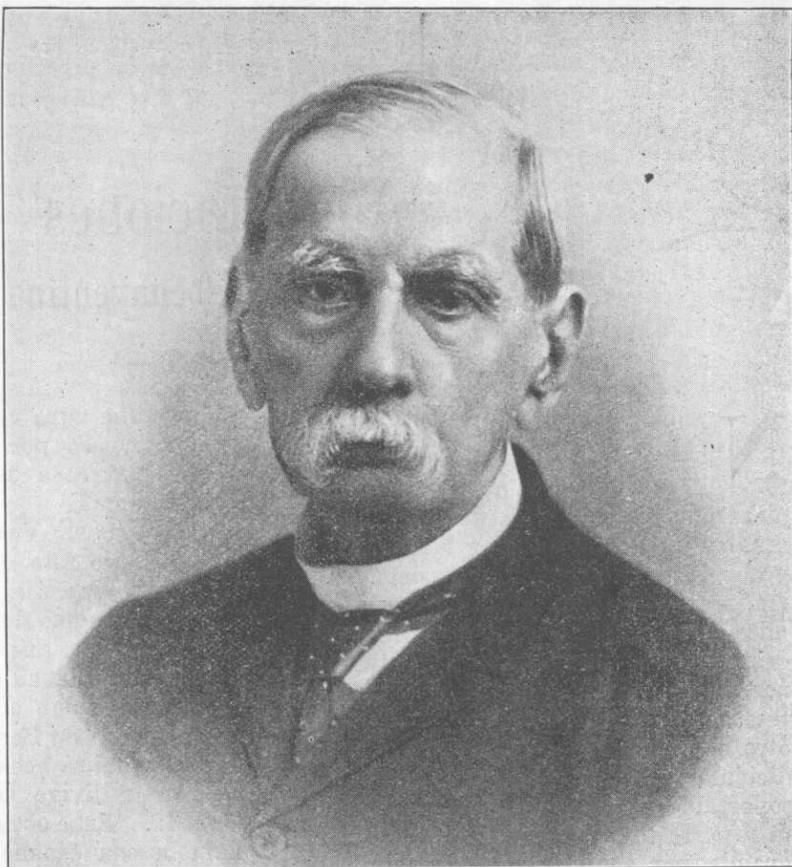


para estudiar el encadenamiento de causas y efectos tal como se manifiesta en los seres humanos reunidos en sociedad.

De ahí que hubiera podido escribir un tratado de Derecho Internacional, reputado como obra de consulta respetable y erudita. Sus demás producciones, sobre las cuales se extiende Méndez Pereira en comentarios oportunos y observaciones penetrantes, tienen todas el sello de la rectitud vivida y escrita. Su sentido era realmente práctico, pero no dándole a estas palabras la significación corriente de rapiña y astucia, sino la de aplicación racional.

En fin, en el libro de Méndez Pereira se admiran dos circunstancias felices: los méritos indiscutibles del biografiado y las capacidades del biógrafo. Sin esta coincidencia el Dr. Arosemena aparecería, seguramente, como uno de esos próceres de charreteras y de entorchados que tanto abundan en las turbulentas democracias de la América, y Méndez Pereira como uno de esos áulicos despreciables, que ven en la desfachatez de los mediocres los destellos de la genialidad.

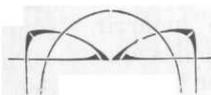
La parte histórica no se limita a la simple narración de hechos y circunstancias, unidos y respaldados por la aguja de artifices mediocres; no, Méndez Pereira va más allá de tales mecanismos y dispone de mejores recursos, como que piensa y sabe, estudia y compara.



DR. JUSTO AROSEMENA

En lo referente al movimiento separatista hace una disertación que pone en claro muchos derechos y despeja muchas incógnitas. Esta lectura sería muy saludable en Colombia, especialmente para los espíritus despreocupados y justos y para quienes respetan las libertades humanas por encima de todos los cálculos y de todas las conveniencias.

Desde este punto de vista la obra de Méndez Pereira puede reputarse como un vínculo de acercamiento inteligente entre Panamá y Colombia, sobre todo en estos días en que la dominación y la servidumbre se están batiendo en retirada de la superficie del planeta.



Aquilataciones

La leyenda benaventina

NEMESIO CANALES

NO sé si lo he dicho ya—pero si lo dije lo vuelvo a decir y nada se ha perdido—que no voy a desarticular pieza por pieza la obra de Benavente, para señalar un defecto aquí y otro defecto allá y darme aires de crítico matasiete. Tal sistema, muy en boga por cierto, porque le permite a uno intercalar entre pieza y pieza desarticulada un montón de citas, alusiones, insinuaciones, reflexiones y mil pedanterías majaderías más por el estilo, sin otro objeto que el de lucir la carga de erudición que se lleva encima, además de insoportable para el lector inteligente, es de una perfecta idiotez. Porque ¿quién, por grande, por genial que sea, escapa salvo de un expurgo semejante? Precisamente, mientras más alto el vuelo, mientras más abundante y genial la fuerza creadora, mientras más acabada y magistral la obra en su conjunto, más expuesto se está a ceder ante el ataque pérfido del voraz dienteceillo de ratón del crítico al menudeo. ¿Qué maestrillo de escuela no es capaz de desuartizar a Cervantes cogiéndole mil faltas por página?

Yo mismo tuve en mi niñez ocasión de admirar embobado la ciencia ratonil de un mi maestro cada vez que le metía mano al pobre Cervantes y lo dejaba en cueros. Y es que, en realidad, los tontos, los mediocres, saben escribir, saben construir párrafos cuando les dá por ello, mucho mejor que los iluminados. Pues ¿qué arquitecto coloca mejor la piedra o el ladrillo que un albañil? ¿Qué escritor inglés más defectuoso que Shakespeare? ¿Que infeliz poetilla americano no se avergonzaría de incurrir en los innumerables pecados de técnica que cometió el inmenso Walt Whitman?

Venga, pues, otra obra cualquiera, de las mejores del sonado Don Jacinto y veamos lo que descubrimos en ella mirándola en

conjunto. Otra vez acuden muchas a mi memoria, pero por alguna hay que empezar ¿Les parece a ustedes que cojamos a «Señora ama?»

Muy bien. Veamos qué hay en «Señora ama». De esta obra, ha dicho un crítico—Andrés González Blanco—que es el mejor de los dramas de Benavente. Ha dicho más. «Con decir que a mí me parece»—habla González Blanco en su obra «Los dramaturgos españoles contemporáneos»—el supremo drama de Benavente, que ha escrito tantos, se habrá hecho su mayor elogio. Shakespeare redivivo firmaría orgulloso ese drama!... Esta obra tiene derecho a reinar en la escena española durante varios siglos."

No se dirá, pues, que nos echamos sobre lo más blandito del repertorio. Veamos ahora qué hay en «Señora ama», qué nos dice en «Señora ama» el gran autor.

Suponiendo como antes que el lector la ha leído, me limito a indicar que las figuras principales que en ella se mueven son Feliciano y Dominica, marido y mujer, labriegos acomodados del centro de Castilla. ¿Qué le pasa a esta parejita de labriegos, qué les pasa a Feliciano y Dominica que justifique su presentación ante el público de España y de América? ¿Dónde está el drama en estas dos figuras, y cuándo comienza ese drama y qué importancia tiene?

Veamos lo que sacarnos en limpio. Dominica, que es el personaje de más relieve, es la amante esposa de Feliciano, de quien está tan enamorada que le perdona y hasta le celebra sus incesantes infidelidades. ¿Qué hace, qué dice, qué piensa o qué es este Feliciano para inspirarle tan idolátrico amor a su mujer?

Pues hacer no hace nada este Feliciano sino conquistar a toda la que se le pone por delante y alabarse después, según vemos en el primer acto, en que se le queja a su confidente que hasta su cuñada María Juan

está loca por él y no le deja en paz. Y cómo decir, no dice nada que valga la pena. Y pensar, menos, porque al contrario, el autor nos lo presenta como un botarate vulgar. En resumen, Feliciano no es sino un aldeano enalquiera de buena presencia, lo que se dice un buen mozo. Y con esto tiene de sobra para arrebatar a todas las mozas de su pueblo, cosa que nos parece muy natural.

Y también se lo parece a Dominica, su mujer, que nos revela su actitud en estos términos: “¡Si no podía ser! Si cuando él quiere, ¿qué mujer se le niega? Si sólo con mirarte parece que te manda en la voluntad!... ¡Si tú perdón toa la que se pierde por él!...”

Bien ¿y qué más?—se me dirá—; ya conocemos a los personajes principales, ¿qué sucede ahora? ¿dónde sitúa su drama el autor? Y seguidamente yo hago una cruz con la mano derecha y por esa cruz juro que no ocurre nada más. Es cierto que hay un instante en que Dominica, celosa de su hermana María Juana, parece haberla descubierto y que se va a armar la gorda... pero muy pronto se echa de ver que estaba equivocada... y un abrazo, y pelillos a la mar, y festejos por el hijo que van a tener Feliciano y Dominica.

¿Es esto todo? Sí, eso es todo. Pero entonces, ¿qué fué lo que vió González Blanco en “Señora ama” para echar a vuelo tan estrepitosamente las campanas? Pues vió... El mismo nos lo va a decir:

“Más no es sólo el lenguaje arcaico y noble lo que sobresale en “Señora ama”; es el estudio acabado de tipos, muy especialmente de la protagonista, verdadero tipo de mujer española, pronta al sacrificio, oblativa, voluntaria de la religión del matrimonio, llevando con cristiana resignación lo que muy gráficamente el pueblo llama su cruz. Mas no se crea por eso que Benavente nos pintó un tipo de mujer seco y sin afectos, asexual y asentimental, incapaz de apasionarse por hombre alguno; antes bien, nos describe un caso de mujer apasionada y muy femenina, viendo en su marido el ideal del hombre, el perfecto tipo de Don Juan, a quien hay que admirar estéticamente aún haciéndola a ella desgraciada.... “Señora ama”, por la psicología de sus personajes, por lo acabado e intachable de su técnica, por la propiedad del diálogo, es un modelo de drama español.”

Ya sabemos lo que vió González Blanco.

Vió el lenguaje, los tipos bien delineados de una región de Castilla, y, sobre todo, el tipo sobresaliente de Dominica, “verdadero tipo de mujer española pronta al sacrificio, etc.”

Y yo ahora pregunto: para darnos sólo a conocer el lenguaje que hablan los lugareños castellanos ¿necesitaba Benavente endilgarnos tres largos actos, ninguno de los cuales baja de diez escenas? No digo yo el lenguaje de unos aldeanos, ni el lenguaje del mismísimo Homero, como tal lenguaje, justificaría un latazo semejante. Cuanto a la pintura de tipos, aun cuando yo no creo que la mera pintura de tipos sea arte dramático, ¿qué aspecto nuevo de la vida rural nos revelan esos tipos de “Señora ama”? ¿Tienen algo de característico, de personal de exclusivamente suyo, estos aldeanos del drama para que valga la pena entretenerse en su pintura? No, ellos hablan y se mueven como campesinos, eso sí, pero como campesinos que lo mismo podrían ser castellanos como ingleses o franceses o alemanes. Y venimos ahora a parar en Dominica, la protagonista del drama. ¿Qué nos ofrece de particular doña Dominica? ¿Qué hay en su persona o en su vida de interesante? Veamos otra vez lo que en ella ve González Blanco. “Verdadero tipo de la mujer española, pronta al sacrificio, oblativa, voluntaria de la religión del matrimonio”....

Santo Dios! ¿Conque esas tenemos? ¿Con que estas virtudes teologales son las que, de por sí, hacen interesante, dramática, a la Dominica, y colosal e insuperable a su creador el señor Benavente? Pero estas mismas virtudes negativas de gineceo, ¿no las hemos encontrado ya, no las había encontrado usted a montones—señor González Blanco—en las insípidas y pánfilas señoras del buenazo de Pérez Escribá? Válgame Dios! Si estas virtudes de sierva mansa, resignada y devota, ni son exclusivamente españolas, porque nos vienen desde Penélope y desde más allá de Penélope—ni son tampoco interesantes. ¡Lo mucho que ha llovido desde que tales virtudes de moral de embudo—lo estrecho para tí, lo ancho para mí—dejaron de impresionar a nadie! Con ellas nada más podrá una mujer todavía, en algunos círculos, resultar respetable, pero interesante jamás.

“Más no se crea por eso que Benavente nos pinta un tipo de mujer seca y sin afectos, asexual y asentimental, incapaz de apasionarse por hombre alguno; antes bien, nos describe un caso de mujer apa-

sionada y muy femenina, viendo en su marido el hombre ideal, el perfecto Don Juan, a quien hay que admirar estéticamente aun haciéndola a ella desgraciada.”

Parece mentira que a un hombre de la cultura de González Blanco se le ocurra interesante un tipo de mujer por el hecho de que se vuelve loca por la estética muscular, por la facha más o menos vistosa de su marido. Precisamente, a medida que se desciende en la escala social femenina abunda más este tipo de mujer que, en tratándose de hombres, sólo distingue entre buenos mozos y malos mozos. El rasgo, pues, no puede ser más trivial, y por tanto no le añade ni le quita relieve alguno a nuestra Dominica. Como que no hay chulilla madrileña ni mujercita maleante de barrio bajo de ciudad alguna, que no se deje, como Dominica, tirar a más y mejor por el primer Feliciano de buen ver que le cehe dos piropos. Todo encanto, toda fuerza de atracción personal que no esté en la piel, requiere algo más que los ojos de la cara para apreciarla, y estas pobres mujercitas rústicas en quienes el espíritu no ha nacido todavía, ¿qué otra fuerza de atracción pueden sentir sino la meramente carnal?

Pero, volviendo al drama, ¿dónde demonios se esconde ese drama que no lo encontramos? Ni está en las cosas exteriores que les ocurren a los personajes, en los sucesos que les afectan, porque ya hemos visto que allí no ocurre nada, ni está tampoco en los personajes mismos, en el choque de sus ideas o preocupaciones. El drama, pues, ni es puramente anecdótico—esto pasó y esto no pasó—ni es tampoco ideológico—esto se pensó y esto no se pensó.—Ni allí le pasa a nadie nada de particular, ni allí piensa nada de particular. Por todo pensamiento, además de las agudezas estudiantiles, de los consabidos y escolásticos juguetes de ingenio de nuestro autor, sólo encontramos en los tipos de más relieve, en los personajes que el autor ha querido hacer más simpáticos, una chatarra psicológica que subleva. Una muestra. Habla Feliciano, el héroe:

“Feliciano.—Si es que... voy a decirte todo; si es que ha sido la María Juana la que me ha andao buscando y yo huýéndole... Si es que se come de envidia de la Dominica y quiere ser tan ama de mi casa como ella, y como por ahí no ha podido ser, ahora dice que soy yo el que la ha buscado.... Y ya se ve, como siem-

pre he tenido esa nota de gustarme toas las mujeres....

“(Pilaro).—Si es que ha sido usted tan enamorado....

“(Feliciano).—No he sido yo siempre Pilaro.

“(Pilaro).—En eso estoy. Es uno en su pobreza y más de uno y más de dos vienen todavía a comprometer... ¡Es que las hay de comprometeoras!

“(Feliciano).—Y yo tengo visto muy claro lo que quiere la María Juana: lo primero, casarse con José pa asegurarse y verse en su casa tanto como la Dominica en la suya... y cuando esté así volver a buscarme....”

Pero ¿qué finuras esperaba usted de unos toscos aldeanos?—se me dirá.—Y yo repliego que no son finuras de dicción, floreos de expresión, lo que yo buscaba. Pero buscaba fuerza, nervio, cierta originalidad, cierta recóndita bravura y belleza de espíritu muy compatibles con las vidas humildes, pero doloridas y afanosas, de la gente llana.

¿Cómo traer estas gentes de labor, de sufrimiento, a la luz del teatro sin ceder a la tentación de extraer de ellas algo de lo grande y lo trágico que encierran? ¿Cómo pasar volando sobre el abismo, sobre la noche, y no traerse en las alas ni un solo temblor? ¿Se puede ser grande, esto es, dotado de mayor visualidad que el común de los mortales y toparse con un trozo palpitante de vida aplastada y deformada para no ver en ella más que estas cositas triviales de todas partes que ha visto aquí Benavente?

Realmente, bastaría esto, bastaría ver a este hombre entrar y hundirse todo en la lobreguez de cripta de una aldea de Castilla y salir en seguida tan insensible, tan redicho, tan fríidamente discreteador como entró, para que no le quedara a uno la menor ilusión acerca de su potencialidad artística. La mano de los grandes artistas, queriendo y sin querer, realza cuanto toca mientras más realista es. Ahí está, en la misma España, Galdós, como un perenne ejemplo. Todo cuanto ha tocado Galdós en el subsuelo social español lo hemos visto en seguida iluminarse de esa fascinadora supra-realidad que al genio le es tan inevitable descubrir. En cambio, el gran Benavente deprime, rebaja, medioeriza cuanto toca. De estos locuaces aldeanos suyos que desfilan tan pesadamente por su «Señora ama» ¿qué resplandor humano se desprende? Nada. Sus Anicetos, sus Dominicas, sus María Juana, sus Felicianos, rústicos y todo, se

mueven perfectamente dentro del mismo marco convencional de moral falsa y ñoña que los huecos y antipáticos caballeros y damas intachables de Jorge Ohnet. Padres modelos (o sea, buenos sólo para sus hijos).

rrendo si no nos aburriese reglamentariamente al comenzar con diez largas escenas de mera exposición. Los grandes autores no obligan nunca al público a estas tediosas antecelas dedicadas sólo a la presentación

dra ante todo lo que no sea la egoísta y comodona rutina marital), honor sexual, esto es, físico, esto es, puramente animal, en las mujeres; honor caballeresco, esto es, militar, esto es, muscular, cuando no puramente verbal, en los hombres.... ¡Ay de mí! Y este ha sido el profeta, el San Pablo de toda una raza, de toda nuestra raza, en el siglo XX! Pobre juventud la nuestra, sin más agua para abreviar sus ímpetus que la de esta desmedrada fuentejilla toda limo...

Rosas de Otoño

Pasemos a otra obra. Ya que empecé, hay que seguir, sin dejar por el camino nada que dé pretexto a que le griten a uno: eh! que se ha dejado usted maliciosamente esta piedra preciosa!

¡Les parece a ustedes que hagamos alto en «Rosas de Otoño»? Al avío, pues. «Rosas de Otoño», comedia en tres actos y en prosa, estrenada en el Teatro Español el 13 de Abril de 1905—reza la portada—. Año 1905. Plena vida contemporánea. No es

estado civil, relaciones, posición social, etc. Para ellos la mejor manera de enterar a uno de quién es Juan y de dónde sale Pedro, consiste en ponerlos en seguida a moverse, a vivir en plena acción, y por lo que hacen o dicen en medio de la refriega dramática es que uno traba conocimiento con ellos. ¡Pero vaya usted a quitarle a Don Jacinto la idea de que sus sermoneitos dialogados y acaramelados no son una bendición de Dios, aunque estén perfectamente demás!

Pero ¿a quién o a quiénes hemos conocido en este primer acto? Pues a Gonzalo e Isabel, un matrimonio acaudalado y chic, y a María Antonia y Pepe, otro matrimonio derivado del primero, ya que María Antonia es hija de Gonzalo. Hemos conocido más, hemos conocido otro matrimonio, el de Josefina y Adolfo. Y ya van tres matrimonios en el primer acto. Pero no paran ahí los matrimonios. Todavía queda otro matrimonio no menos respetable—Carmen y Ramón—que, por no haber materialmente en el primer acto, se les tuvo que buscar acomodo en el segundo. Total: cuatro señores

acaso no colaba este pobrecito recurso, del gran ingenio benaventino brotó en seguida a manera de refuerzo otro recurso más pobre aún: el de hacer de Adolfo un romántico algo afeminado que no se preocupa más que de lo elegante de las toilets, mueblaje, etc., aficiones que contrastan con el desentonado masculinismo de Josefina. Hasta en una zarzuelita de tres al cuarto se verían con desagrado tales bufonadas. Adolfo no es ni siquiera una artificiosa figura teatral. Hasta como simple monigote de ocasión es absurdo e insípido.

Cuanto a Josefina, es verdad que de ella se vale el autor para manzana de discordia, para tipo de mundana de rapiña, que le inspira celos a Isabel, señora de Gonzalo, pero así y todo no había para qué traerla a escena, pues a cualquiera se le ocurre que para inspirar celos a una señora de su casa y volver tarumba a un marido fácil, no hay que venir a sentárseles en la misma sala.

Pero entremos ya—que se hace tarde—en el elegante gabinete de los esposos máximos Gonzalo e Isabel—las figuras centrales del drama—y veamos si logramos exponer brevemente su dolencia, su caso. ¿Qué les duele a los protagonistas Gonzalo e Isabel?—volvemos a preguntar.—Porque aquí sí que ha de estar la parte viva de la cuestión. Pues les duele que Don Gonzalo, aunque pasado ya de los cuarenta, es un hombre terrible para el bello sexo y no pasa día sin que haga de las suyas... ¿Pero otra vez nos obsequia Don Jacinto con el maridito donjuaneseo?—preguntará el lector no enterado de la obra.—Y yo, triste de mí, ¿qué he de hacer sino bajar la cabeza y confesar que sí, que estos Tenorios constituyen en el repertorio de Don Jacinto lo que pudiera llamarse «la especialidad de la casa». Tenorios pareos, comedidos, muy atentos a no dar escándalo, y tan semejantes todos, que parecen sacados con las mismas tijeras del mismo patrón. Para un siglo tan repleto de graves cuestiones, parecería demasiado pueril un asunto tan traído y llevado... pero es una obsesión de Don Jacinto y hay que respetársela. Recuerdo ahora, al tratar de Tenorios, que contemporáneo de estos Tenorios insípidos de Don Jacinto, existe otro, el de Bernard Shaw en «Man and Superman» y... ¡Dios mío! si dá vergüenza el comparar estos convencionales, soporíferos Tenorios benaventinos con aquel formidable Tenorio de Bernard Shaw! Mientras en los primeros todo es vulgaridad—ni un solo chispazo de originalidad en ningún momento—en el segundo, en el shaviano, nos asomamos deslumbrados

al fondo mismo de la enorme cuestión sexual. Pero es que el Tenorio de Shaw es un Tenorio que ha evolucionado; que tiene ya exprimida de sus múltiples experiencias una filosofía; que conserva, realizándola, su prístina personalidad de rebeldía contra lo convencional. En tanto que los Tenorios benaventinos, tan desmedrados son psicológicamente, que no sólo no superan en nada al héroe de Tirso, sino que hasta la pintoresca, temeraria y efusiva actitud primitiva la han perdido del todo. Está bien, amable Don Jacinto—que se desentierre a Don Juan para realzarle, para transfigurarle, para hacerle hablar en serio, en filósofo, de tan inmensas cosas como son la familia, el amor, el matrimonio, los sexos, de todo cuanto por boca de él nos dice Shaw, pero desenterrarle una vez y otra vez, como hace usted, para el sandio espectáculo de unas aventurillas que producen célicos en el corazoncito burguesito de una sosa avecilla doméstica del corte de su casta y llorosa Isabelita... ¡vamos! ¡es cosa de mandar por la policía!

Y ya, sin proponérmelo, les he llevado a ustedes al alma de nuestro drama. El drama está ahí, en eso que acaban de leer: en que Gonzalo comete frecuentes infidelidades y en que estas infidelidades que comete muy discretamente el gran Gonzalo (porque han de saber ustedes que este don Gonzalo es, o quiere Don Jacinto que sea, un hombre superior) lastiman, laceran, atormentan el tierno y sufrido corazón de Isabel, esposa digna, resignada y esclava de sus deberes...

¡Ah! ¡pero otra vez tenemos a Pérez Eschich?—se me preguntará.—Pues sí; otra vez tenemos a Pérez Eschich. Y Pérez Eschich tendremos mientras no nos despedamos de Benavente. Un Pérez Eschich relocalado un poco en el vestir, en el hablar, en la mera exterioridad, en lo que un barbero catedrático de Puerto Rico llamaba «la mirabolancia de las expresiones», pero tan miope, tan ingenuo, tan seráficamente enamorado de la virtud convencional, como en la inolvidable «María, la hija del jornalero».

Pero ¡hombre de Dios! no sea tan apasionado, algo más tiene que haber que esos célicos en obra tan descumunal, oigo que me dicen. Y vuelvo a zambullirme en «Rosas de Otoño» y busco y rebusco, y nada, nada más que los celitos de marras por todas partes; celitos de Gonzalo en la casta, resignada y devota esposa cjemplar, dechado de todas las virtudes cristianas (más propiamente, anti-cristianas: no calumniemos a Cristo, apóstol de la vida abundante, de la vida ple-

na, tan incompatible con esta virtud gazmoña, simétrica, cortada a tijera, de las Isabels benaventinas); celitos en su también ejemplar hijastra María Antonia, de su páñfílo Pepe—quien padece de pasión por las mujeres de teatro; celitos en don Ramón de su bonachona Carmen (que una vez ¡la pobre! cayó en las redes del terrible Gonzálo, pero se arrepintió luego y ahora es una santa). ¿Y qué hace el gran autor con este cargamento de celos? Lo de siempre. No hace nada. Recriminaciones de Isabel a Gonzalo y de María Juana a Pepe; suaves sollozos de esposa mártir en Isabel, llantos y protestas de niña mimada y ociosa en María Juana... Y usted, siempre en espera de algo grande, cree que de alguno de estos hombres o de alguna de estas mujeres va a salir al fin una explosión de verdad, de protesta colérica contra el único culpable del llanto de ellas y de la incomodidad de ellos, contra la institución misma, contra los hierros de la vetusta cárcel marital... y después de tragarse mil agudezas que no van a ninguna parte y doscientos mil sermoncitos azucarados que parece que dicen y no dicen, se topa usted de pronto con que, cuando las cosas están peor, un discursito sensiblero y ramplón hasta más no poder que declama Gonzalo, derrite toda la cólera de Isabel—quien se precipita hecha un merengue en sus brazos,—y sigue su ejemplo María Antonia, precipitándose también en los brazos de Pepe, y todos se abrazan y se juran de nuevo amor eterno... y salen a relucir las consabidas rosas de otoño, y el único que se queda sin rosas, antes bien defraudado, agobiado y dándose a todos los demonios, es usted, lector o espectador.

Y otra vez nos vemos forzados a esta reflexión. O el tal drama tiene una tesis, una moral, una determinada tendencia filosófica, o no la tiene. Si no la tiene, la fuerza del drama ha de buscarse en la situación externa, independientemente de la condición íntima de los personajes. ¿Y dónde tenemos esa situación? ¿Está en los pucheritos, reproches, embustes y declamaciones de ellas y de ellos, con la cursi reconciliación final? No; por papanatas que seamos, con tales materiales no se nos puede conquistar, porque ¿quién diablos se va a impresionar y a conmover con esta tempestad de vasito de agua de azúcar? Y aún cuando uno fuera tan impresionable que tomara en serio esta tormentita, ¿cómo aprehender con un desenlace tan acomodaticio, tan simplote, tan sin pies ni cabeza? ¿¿Cómo convencer a nadie, ni a un niño de teta, que, sin haber sucedido na-

da que altere de veras la situación ni la índole psicológica de los personajes, éstos van súbitamente a cambiar en redondo el rumbo de sus vidas? Si el cursi discursillo de corte electoral que le suelta Gonzalo a su mujer tiene el mágico efecto de convencer a ésta, una de dos: o es porque ella está chiflada por él, lo que no nos pasa a nosotros, o es porque la pobrecita es muy boba, ¿y a quién le puede interesar la psicología de una Juana Boba como ésta?

Luego no está el drama en la situación externa, en el enredo escénico, y hay que ver si lo encontramos en lo íntimo, en la ideología de los personajes. ¿Qué ideología es la de los personajes? ¿Qué tesis, qué moral, qué filosofía se desprende de lo que dicen, ya que ninguna sale de lo que hacen? Aquí otra vez retamos al lector a que nos muestre tan sólo un destello de pensamiento. Todo es llano, pedestre, mezquino. La moral que practican estos personajes es la misma grosera urdimbre de supersticiones feroces que les servía de base a los señores feudales. Los hombres, amos, dueños de hacer y deshacer a su antojo, con la sola obligación de pelearse con el primero que intentara ponerle una mano encima a su propiedad: su casa, su predio, sus animales domésticos, sus muebles, su mujer. Y las mujeres, con la clásica pierna quebrada y en casa, consistiendo su honor precisamente en lo inverso del honor de su guardián: no salir; no aspirar a nada más allá de las tapias de su corral; no hablar sino de niñerías; no ver, no oír, ni pensar, ni querer, ni hacer ni decir nada incorrecto, esto es, contrario al interés, o a la vanidad, o al sentir y pensar del gran señor dispensador de habitación, comida, ropa y nombre.

¿Pruebas quieren ustedes de que este Don Jacinto que pasa por ser tan renovador, tan a la moderna, profesa en el fondo el repugnante filisteísmo que describo? Pues todo el drama está repleto de pruebas, pero a mayor abundamiento, oigamos al mismo gran Gonzalo en el párrafo culminante del grandilocuente discurso en que se manifiesta en su mayor esplendor lo más íntimo de su personalidad. Y conste otra vez que este Gonzalo nos lo presenta Benavente, no como un burgués cualquiera, sino como dotado de una selecta espiritualidad:

“(Gonzalo).—No, Isabel; tú sí que eres injusta sin pensaste que por grandes que sean mis culpas contigo merecían el castigo de no creer en tí, de dudar de tí siquiera un instante. Tú sí que no sabes lo que es mi cariño para tí. Habré sido cruel,

egoísta, como dices; habré atormentado tu corazón; pero no puedes, no debes dudar de mi cariño. Quizás a nadie atormentamos como a nuestra madre; quizás por ningún cariño sacrificamos menos, tan seguros estamos de poseerlo siempre, de que siempre perdona. Con vivir y mostrarse alegres, ya nos parece que hemos pagado el cariño de nuestra madre. Pero es la misma fe que nos inspira, la que nos hace menos devotos en apariencia; más creyentes, en el fondo, de estos cariños santos y verdaderos de que nuestro corazón está seguro. Pero ¿qué otros cariños en la vida valen como éstos, que son siempre creencia y esperanza del corazón? Dime si nunca te hubieras cambiado por otra mujer de las que pasaron por mi vida; dime si nunca creíste que al compararme con todas ellas no fue su recuerdo la aureola, el altar de tu imagen santa... ¿Qué sabes de mi orgullo al decirme... entre todos, ella sólo en mi corazón; ella sólo fiel; ella siempre honrada; ella mi esposa, como mi madre?... ¿Y dices que María Antonia hizo bien? No, tú no lo crees, no lo sientes, porque ves la verdad de mi cariño, de mi adoración por tí; porque fuiste la que espera siempre, la que perdona siempre como una madre, como una santa, como algo que está sobre todo, como el cielo de nuestra vida... No, no digas que María Antonia hizo bien..., no digas que debiste ser tú. Si yo hubiera tenido de qué acusarte..., no sé..., no sé... ¿Cómo saber, si de tí no puedo suponerlo siquiera?"

¡Ah, sirvergüenecita! Con que sólo ella fiel, ella siempre honrada, o sea, ella siempre atada como una mansa gallinita a la pata de la mesa para coronamiento de tu vanidad; en tanto que tú... libre y contento como el pez en el agua para consagrar todo tu tiempo a los negocios y a las aventuras. Y tan

inconsciente estás de tu monstruoso papel de tirano doméstico, que todavía te dejas decir: «Si yo hubiera tenido de qué acusarte..., no sé..., no sé...» Quiere decir, bárbaro, que lo que en tí es el pan nuestro de cada día, en tu mujer, por una sola vez, sería delito tan horrendo que... no sabes..., no sabes la salvajada que harías con ella.

Y este troglodita come-gente es el que nos presenta como hombre superior el mlope de Don Jacinto.

Pero ¿qué dice Isabel a todo esto? Pues, parece mentira, pero se traga la rueda de molino y exclama conmovida:

“¡Gonzalo! ¡Mi Gonzalo! Dices bien..., perdonar siempre..., esperar siempre... Yo he sabido esperar, y ahora siento que no esperé en vano...”

.....

“Sin culpa, sí. ¡Qué hermoso es no tener culpa! ¡Ah! Gonzalo, llama a tu hija; si crees en mí, yo te juro por lo más sagrado que no hubo culpa en ella.”

Y por si algo faltara para nuestra edificación, ahí está, en boca de Isabel, la frase final, la sentencia máxima que encierra la síntesis, la esencia misma del pensamiento benaventino.

“Los amores alegres, los amores fáciles que sólo conocen la ilusión y el deseo, ven deshojarse todas sus flores en una breve primavera; para el amor de la esposa, para los amores santos y fieles que saben esperar, son nuestras flores, flores tardías, las Rosas de Otoño; lágrimas de resignación, con aroma del alma, de algo eterno. ¿No es verdad, esposo mío?”

Como único comentario, recordamos al lector que el trapo de estas desmedradas Rosas Otoñales se fabricó en Abril de 1905. Puede decirse que hoy mismo. Hoy!...



Trabajos Notables de la Prensa Mundial de Actualidad

La historia es una

H. G. WELLS

--La fama de Wells, novelista y filósofo inglés, es demasiado grande para que el lector necesite ponderaciones de la importancia e interés de este artículo suyo que traducimos y reproducimos del "Saturday Evening Post". Baste decir que este estudio que hace de la historia el gran escritor es uno de los trabajos más originales que han salido de su pluma.--
N. del D.

SE suele oír muy frecuentemente en los días que corren muchas críticas acerca de la enseñanza de la historia en escuelas y colegios y numerosas y variadas teorías para perfeccionarla. La historia, se nos dice, unas veces carece de todo interés, otras veces se convierte en gárrula charla de comadres o en alimento de las hostilidades raciales y nacionales de nuestra baja naturaleza y casi siempre deja de verter luz sobre los asuntos políticos que preocupan al mundo. La mayor parte de estas críticas parecen bien fundadas. Pero el mal arranca de una sola raíz: de que la historia se enseña fragmentariamente y no como un todo.

La atención del estudiante se concentra desde el principio en la historia de su propio país y a menudo en un solo período de la historia de su propio país, con exclusión más o menos completa de todos los demás aspectos de la historia humana. Pero una parte de la vida de nuestra raza no puede segregarse de esa manera sin graves consecuencias. Tomemos por ejemplo la historia inglesa tal como se enseña en una escuela inglesa.

Empezamos por la Bretaña Celta. Entra César seguido de una hueste romana. ¿De dónde? Nunca lo sabemos. ¿Quién es este César y por qué vino? ¿Por qué se fué? Por qué no vinieron los romanos otra vez en casi todo un siglo? Evidentemente algu-

na cosa mucho más importante estaba sucediendo en alguna otra parte.

Un poco más adelante en la narración, ciertos anglos y ciertos sajones se abalanzan dentro del país... siempre de la misma manera inexplicable. ¿De dónde? ¿Por qué? Más tarde vienen los normandos... La historia de Inglaterra hace el efecto de algo que ocurre en la esterilla afelpada de una puerta que da al pasillo contiguo a un cuarto lleno de acontecimientos que tiene varias puertas más. La puerta se abre, los reyes normandos se precipitan fuera del cuarto, conquistan el país precipitadamente, dicen algo acerca de alguna novedad de la cual no habíamos tenido la menor noticia—las Cruzadas— y salen otra vez para volverse a meter en el cuarto. Del cual en seguida vemos surgir al rey Ricardo con aspecto muy fatigado. Ha estado luchando con los sarracenos. ¿Quiénes son estos sarracenos? Nunca lo sabemos. ¿Qué suerte corren? Nunca se nos dice. Y así sucesivamente. La gran espalda de la historia está vuelta hacia Inglaterra todo el tiempo. Su cara y sus manos están invisibles e inferimos lo que podemos del movimiento de sus tabones.

¿Por qué y cómo?

La historia de América es todavía más imcomprensible. Un continente inocente es de pronto inundado de españoles, portugueses, franceses, holandeses e ingleses, que en seguida proceden a desenrollar la madeja de varios conflictos... comenzados en alguna otra parte. Alguien que llaman el Papa aparece dividiendo el nuevo continente entre las potencias europeas. Se establecen las colonias. ¿Qué son las colonias? Estas co-

lonias, en lo que parece ser una tendencia constante a simplificar la historia, se separan de sus desconocidas patrias de origen. Una corriente de inmigración se inicia de occidente hacia oriente. El espíritu americano establece una suerte de doctrina intelectual de «Monroe» y declara que América no tiene pasado, solamente futuro. Del cual ensueño sublime se la despierta en seguida para encontrar algo de origen desconocido que se llama imperialismo europeo que está asolando el mundo. ¿Qué es este imperialismo? ¿Cómo empezó?

La enseñanza de la historia en la mayor parte de los otros países es por el mismo estilo. En todas partes los maestros presentan historias más o menos semejantes de puertas que se abren bruscamente sobre un pasillo alfombrado. Grandes acontecimientos—«las Cruzadas», «la Reforma», «la Revolución Industrial»—entran de golpe y salen de un salto sin dejar rastro, haciéndonos perder la cabeza. ¿Tiene, pues, algo de extraño que la historia, en su afán de alguna pincelada humana, apele a las infantiles anécdotas acerca de Alfredo y sus pasteles; la belleza sin par de María, reina de Escocia, o el rey Carlos y sus perros de aguas?

La excusa principal para la enseñanza de la historia de esta manera fragmentaria es que de otro modo habría demasiado que enseñar.

Kant opinaba que debíamos enseñar historia universal y no especial, esto es, que deberíamos enseñar la historia completa del hombre; pero se confesaba espantado de lo arduo de la tarea. Lord Bryce, también, en un prólogo a la «Historia Universal» de Helmont, sostenía que la historia universal es tarea demasiado larga para intentarla. Pero ¿es realmente una tarea grande?

Supongamos que otras materias fuesen enseñadas del mismo modo que hemos adoptado para la historia; supongamos que enseñamos fisiología humana concretándonos precisamente a la historia del hígado y aludiendo solamente de cuando en cuando y de una manera vaga al estómago, diafragma y demás partes del cuerpo ¿sacarían algo en limpio los estudiantes de tal estudio de la Fisiología?

Supongamos que enseñamos Química estudiando algún grupo especial de sustancias compuestas—sustancias elásticas, por ejemplo, o productos alquitranados, o fel-despatos—y nos quedamos siempre machacando en ellos. El estudiante sacaría lo mismo que saca un estudiante cualquiera de historia hoy, o sea, llenarse la cabeza de un montón de conocimientos especiales, sin

ninguna idea general del asunto. Nunca llegaría a ninguna noción simplificada, ni tampoco alcanzaría una visión amplia de la materia.

Después de todo ¿no sería posible coger algo, algo que pudéramos llamar «los elementos de la historia» y darle tal forma que pudiera enseñarse en las escuelas en lugar del indigesto montón de leyes y acontecimientos inconexos que constituye actualmente la sustancia de la historia escolar? Por supuesto, debe entenderse claramente que si nos proponemos estudiar la historia extensivamente, no podemos esperar estudiarla al mismo tiempo intensivamente. Si nuestra juventud va a enterarse de algo acerca de los griegos, sirios e indios, puede que tengamos que abandonar algo de los detalles menores de la «guerra de las dos Rosas» o algunos de los tiquis-miquis de las «pretensiones de la reina Matilde»—¿se llamaba así?—«a la Corona de Francia.»

Considerémos lo que un plan general de la historia universal podría ser. En efecto, hagamos un esquema de los estudios históricos presuponiendo que la historia sólo debe entenderse propiamente como un todo. Empezaremos con el principio e iremos hasta el fin y delinearemos lo que un ciudadano inteligente de un país moderno debe conocer del pasado del género humano. No pretendemos que la enseñanza de este plan de historia deba ajustarse precisamente al orden en que lo hemos arreglado, pero sí indicamos que el cuerpo de conocimientos históricos en la mente de un hombre o mujer cualesquiera, a la edad de diez y siete o dieciocho años, podría y debería conformarse en principio a este orden, de tal suerte que en ella quedasen eslabonados en una serie coherente y global.

Antes que el hombre poblase la tierra

Para empezar, creemos que debe haber ante todo una relación, compendiosa pero exacta, de la historia pasada de la tierra. No podemos ver la historia humana en su propia perspectiva a menos que no tengamos esto. Debe haber una idea clara del probable origen del mundo, de sus relaciones con la luna, de su enfriamiento gradual desde su estado de incandescencia y una explicación lo más clara posible de las vastas etapas que fue recorriendo hasta que su costra se enfriara lo bastante para que la primera lluvia cálida mojase su superficie, formando el primer charco que luego se convirtió en océano. Por docenas y quizás cientos de millones de años las rocas

primitivas se fueron formando sin presentar ningún vestigio de vida.

Luego surgió la vida. Del origen y naturaleza de ésta todavía tenemos mucho que averiguar, pero de sus remotos comienzos es ahora posible presentar una relación bastante clara. Los hombres de ciencia han desenredado el proceso del lento deslizarse

Mucha parte de la historia antigua de los sub-hombres y hombres, que era confusa, discutible y difícil de desenmarañar hace treinta años, se ha esclarecido ya del tal modo, que puede ponerse en forma de una ordenada y enseñable narración. Está lista ya para el uso de las escuelas. Para la juventud en desarrollo nada puede haber

la extensión de las relaciones sociales y políticas más allá del radio de las primeras ciudades-estados. Se sabe mucho ahora, pero no tan generalmente como debiera saberse, de la transición lenta en las ideas del hombre, desde los dioses de la tribu y de la ciudad, hasta la concepción de un solo Dios, Padre y Juez del género humano. Es un proceso que marchó de acuerdo con la evolución que hizo de los reinos imperios y con la destrucción de los pequeños estados y pueblos: el desarrollo de la doble idea de un dominio universal en la mente de los gobernantes y de una fraternidad universal en el ánimo de los pueblos oprimidos y expulsados de sus territorios.

La historia amplia, ampliamente contada, es de un valor educacional mucho más grande que los discutidos detalles acerca de la corte de Enrique VIII y los pormenores enmarañados acerca de la Ley del Convencículo. Nuestro público hoy sería un público más culto y más capaz de afrontar las vastas necesidades de los tiempos, si tuviera siquiera un conocimiento compendiado de la historia de los imperios asirios, caldeos y persas, y alguna idea de lo que significó para el mundo la carrera de Alejandro el Grande, aun cuando para saber esto hubiera tenido que ignorar la historia de William Rufus.

Todavía más importante es la historia del nacimiento y desarrollo del Imperio Romano, espina dorsal de la historia moderna. Nuestras historias nacionales no significan nada si no se estudian en relación con aquella. El tema no es tan colosal como cree la gente. Lo que abulta y enmaraña la historia es lo mal que se la enseña. Toda la historia que hemos bosquejado aquí podría verse, con la ayuda de treinta o cuarenta mapas y algunos diseños y cuadros explicativos, en las páginas de un texto de tamaño corriente de los que se usan en nuestras escuelas.

Pero la «historia es una» y un ciudadano moderno debe también saber algo del gran mundo que se extiende más allá del mundo de los primitivos imperios, el mundo de los pueblos turcos y hunos del Asia Central que se extendieron a través del viejo mundo entre las civilizaciones, distantes y separadas, de la China, el triángulo amurallado de la India y las civilizaciones orientales. En tanto que una porción cada vez más considerable de Europa, Africa del Norte, y el Asia del Suroeste se concentraba en un sistema de civilización homogéneo, la vida nómada de las regiones del Asia Central acu-

mulaba energía que se esparció más tarde hacia el Occidente a través de Rusia para asolar a Roma y luego hacia el Oriente para subyugar a China, después hacia la India, y al fin, al principio del siglo XII, hacia Babilonia que destruyó totalmente, a pesar de que esta Babilonia había permanecido siendo una tierra densamente poblada y civilizada desde los comienzos mismos de la civilización.

Hasta que la gente entienda el verdadero resultado de esta destrucción, no se dará cuenta cabal de la necesidad de una política mundial homogénea y seguirán engatusándose a sí mismos con la necia idea de que en el mismo mundo es posible seguir adelante con hambre y salvajismo en una parte, y una civilización firme y feliz en otra parte. Si la historia Universal no tuviera otro valor que éste, todavía sería útil enseñarla, por el modo convincente como demuestra, por una cadena de hechos, la insensatez de todos los sueños de prosperidad parcial y seguridad parcial en el mismo mundo afligido por la miseria. La historia humana es una sola historia y la prosperidad humana tiene que surgir forzosamente de la prosperidad universal.

Las grandes figuras de la historia

Así también resulta insensato el esperar que los electores entiendan los asuntos extranjeros que tratan sus periódicos, no teniendo idea, o a lo sumo teniéndola muy vaga, de cómo surgió el islamismo y de la parte que tuvo en la destrucción del sistema romano, y del modo como se ha venido desarrollando desde entonces y es probable que siga desarrollándose.

La historia nacional desde los tiempos de César hasta el presente momento, leída aisladamente, resulta como leer un acto de un drama sin enterarse de los demás. El drama consiste precisamente en las grandes necesidades que claman por la unidad humana en lucha con los fines mezquinos y egoístas groseros del género humano; el argumento de este drama es la larga lucha, a través de la Edad Media hasta nuestro tiempo de la idea del imperio romano tendiente a adaptarse y a restablecerse a sí mismo como una forma de universal cooperación humana. El muchacho de escuela inglés aprende la lista de sus isleños reyes, con fechas precisas... (y bien insignificantes reyes que eran los más de ellos). Las figuras representativas de la historia no son en manera al-

guna estos personajes parroquiales, sino monarcas tales como Carlo Magno, Otto III, Federico Barbarroja, Carlos V y Napoleón. Mientras el estudiante de la historia no sabe nada de estas figuras centrales en los asuntos de Europa, la conducta de los reyes de Inglaterra o Francia, las guerras que hicieron y las expediciones en que se embarcaron, son totalmente incomprensibles.

En el siglo XV tuvo lugar aquella fase de exploración que hizo posible la brújula y el escenario de la historia se ensanchó para incluir América y la unión de la India y de la China, al fin, en una reacción efectiva contra los asuntos europeos. En la atmósfera mezquina de nuestras historias inglesas, estos grandes acontecimientos quedan oscurecidos del todo con la historieta de las esposas de Enrique VIII, los encajes de la reina Isabel y los pucheros del rey Jaime a propósito de «su querido Steemie». ¡Cómo ha debido confundir y aburrir a nuestra juventud esta desagradable debilidad! Sin embargo, uno podía haber adquirido muy amplio y sano conocimiento de la historia sin haber oído jamás una palabra acerca de este favorito. Todo esto era chisme, comadreo, una fugaz arruga en la superficie de los acontecimientos.

Y menos todavía se nos enseña hoy la historia de la gran revolución en los asuntos humanos causada por la producción en gran escala de hierro y acero y el uso del vapor y la electricidad. La mayor parte de estas cosas se eliminan en los cursos escolares para darnos acerca de la señora Masham—¿se llamaba así?—y los téis de las camareras de la reina Ana.

Para muchos ingleses la historia termina con la reina Ana; para otros llega hasta Jorge III, a quien dejamos cavilando acerca de «cómo la manzana entró en el pudín». Para esto fué, pensamos, que nuestros antepasados murieron en Blenheim o Waterloo. No sólo está el pueblo inglés totalmente ignorante, por lo que se refiere a sus conocimientos adquiridos en las escuelas y colegios, del pasado de la historia y de la forma general de la historia, sino que, prácticamente, no sabe nada de los últimos y más trascendentales hechos del último siglo de experiencia humana. No sabe nada del estado de Europa después de Napoleón; nada de la unificación de Alemania e Italia; nada de la liberación de la América del Norte y del Sur de la tutela de Europa; nada de la exploración y división del África; nada de la modernización del Japón, y nada de la historia del imperio británico.

No es que no sepan nada en absoluto de esto y que nada de esto se les haya enseñado, sino que han tenido sus mentes concentradas siempre en el estudio de locales y triviales sucesos y fechas, con exclusión de los hechos generales. Ellos han recibido, por ejemplo, en muchos casos, nociones completas de las cuestiones discutidas sobre la transustanciación en tiempo de la Reforma; pero nunca se les ha dicho nada en la escuela o en el colegio acerca de Marx y acerca de individualismo, socialismo, anarquismo, sindicalismo, trusts, tarifas, cooperativas obreras, etc.

Uno podría imaginarse que cada diez años, aproximadamente, las autoridades escolares de una democracia civilizada tal como la nuestra, revisarían el progreso y curso general de la historia patria enseñada en sus escuelas y colegios, para ponerle al día, pero ningún programa de historia de la que se enseña en Inglaterra parece haber sido tocado durante el último siglo o más. Esto es en parte el resultado de nuestra pereza ante la mera mención de cosas educacionales; en parte se debe a la iliteracia, ligereza y falta de todo sentido de responsabilidad que ha distinguido a casi todos los ministros de Instrucción que hemos tenido antes de Mr. Fisher; en parte al temor de elevar el trabajo escolar al nivel de las cuestiones escabrosas del día; pero principalmente se debe a la incapacidad de darse cuenta de la necesidad suprema en este mundo moderno de un conocimiento general y uniforme de los hechos principales en la historia del género humano.

Cuadros fácilmente hechos

El valor político de un pueblo está necesariamente limitado por el mayor o menor conocimiento de la historia que ese pueblo tenga, y no hay ningún país en el mundo donde la masa general de sus habitantes posea algo más que insignificantes nociones de historia. El profesor de historia enseña su asignatura, no como una materia de vital importancia en la estructura mental de la comunidad, sino como una curiosa y entretenida colección de anécdotas. Y de este modo la mayor parte nos quedamos forzados a recoger en nuestros ocupados años ulteriores a la escuela lo que ha debido desde el principio inyectársenos en la sustancia misma de nuestros pensamientos.

Por de contado que hay dificultades mecánicas para llegar a esta expansión racional de la enseñanza de la historia en nues-

tras escuelas. Los profesores, se me arguirá, saben de memoria la vieja asignatura; el mundo está lleno de cómodos libros de texto del tipo corriente sobre la historia patria; las tradiciones de los exámenes están ajustadas al viejo sistema. Pero, de otra parte, tiene que ser un alivio delicioso y una interesante aventura para los profesores de historia dotados de una mente verdaderamente activa y despierta. El ensanchar de esta manera su campo educacional; y, además, no es cierto que no haya buenos libros de texto para la enseñanza de la historia universal. Tenemos por ejem-

plo, el «Pasado Viviente», por Marvin, y dos escritores americanos, Breasted y Robinson, han escrito una historia universal muy útil, en dos tomos. Sobra material ahora para cualquier número de libros de texto; sólo es necesario un cambio en los requisitos marcados por las grandes autoridades escolares para que abunden los nuevos libros y los nuevos mapas adecuados a una enseñanza más sensata de la historia. Y una enseñanza más sensata de la historia significa una mejor inteligencia de los problemas internacionales, una política nacional más inteligente y un mundo más feliz.

Chispeantes comentarios de Bernard Shaw sobre la guerra

Carta del gran humorista a Frank Harris

ES curiosa por demás la controversia entablada entre Bernard Shaw y el escritor americano Frank Harris, que dió origen a la carta del primero que vamos a traducir. Bernard Shaw había publicado en el «New York American» un artículo que terminaba así:

“Desecontando todos los disparates y reveses, podemos decir ahora que Alemania no sólo quedó reducida al último extremo por el bloqueo, sino que también fue superada en ingenio, en preparación, en generales, tanques, gases, aeroplanos, bombas, y finalmente compelida a caer de rodillas a los pies de Inglaterra, más abyectamente que Felipe, Luis o Napoleón, o cualquiera de los antiguos rivales del león inglés. Ha sido todo algo sorprendente y magnífico de que los mismos ingleses, no se darán cuenta hasta que algún historiador elocuente les ilustre en el siglo próximo sobre el particular.”

Frank Harris, aunque muy amigo y muy admirador de Shaw, se sublevó tanto con estas palabras, que escribió en el acto recordando a Shaw que cuando Mr. Balfour vino a los Estados Unidos en 1917, confesó claramente que ya Inglaterra consideraba agotados sus recursos.

“Mr. Balfour declaró que si los Estados Unidos no hubieran entrado en la guerra, Inglaterra habría tenido que ha-

cer la paz a todo trance en el término de un mes”.

“Alemania y Austria habían vencido al resto de Europa”...

“América salvó a los aliados, y todo lo que sea hablar de que Alemania fue vencida por los ingleses, es ridículamente absurdo.”

Y añadía Frank Harris para cerrar su artículo: “se necesitaría más aún que el talento del mismo Bernard Shaw para trasladar los laureles ganados por los soldados americanos en Belleau y St. Mihiel a la cabeza del «león inglés» que, dicho sea de paso, hizo menor y fanfarroneó más que lo que era de esperarse.”

Replicando a estas palabras es que Bernard Shaw escribió la carta mencionada, que Frank Harris se apresura a insertar en su periódico, considerándola como un gran documento literario. La carta dice así:

“Querido Harris:

Su artículo titulado “Cómo el león inglés se adorna a sí mismo con los laureles americanos”, no afecta en realidad a la verdad de mis declaraciones en el «New York American». El Imperio Británico ha des trozado al Imperio Alemán; este es el punto que hay que atrapar. Que Inglaterra se valiera de tropas francesas, de tropas rusas, de tropas italianas, de tropas portuguesas, de tropas irlandesas e indias y finalmente de tropas americanas, sólo viene a darle más fuerza a la demostración de sus

asombrosos instintos para el arte de la guerra. Si se nos pudiera convencer de que la marina inglesa no existió nunca y que ni un solo soldado inglés se había batido en la línea de fuego, la demostración sería todavía más aplastante, sería la cosa un verdadero milagro.

La cuestión de las hazañas personales es para muchachos de escuela. Para hombres mayores, el interés verdadero del asunto radica en las absurdas vicisitudes de la campaña. Todos los ejércitos aliados obtuvieron gloriosas victorias y sufrieron tremendas derrotas; pero ninguna de éstas pareció importar gran cosa. Napoleón en Waterloo y Pompeyo en Farsalia, sólo sufrieron reveses insignificantes en comparación con los del Quinto Ejército de Gouth y los de Cadorna en Caporetto. Estos no fueron, sin embargo, otra cosa que los preludios de la victoria. Los franceses debían llamar esta guerra la guerra del «á peu près». París casi tomado; Verdún a punto de caer; los puertos del canal casi alcanzados; St. Quentin y Cambrai en vísperas de caer; Rheims, moralmente, si no militarmente, tomado por asalto; lo de Jutland, una escapatoria a una de buen caballo. Y el resultado, después que todo el mundo ha perdido toda esperanza de un resultado, obtenido con asombrosa eficacia por el hambre. Hubo momentos en que todo parecía perdido, y nada sucedió sin embargo.

En el primer ataque con gases asfixiantes, cuatro millas de nuestro frente retrocedieron en el colmo del terror, dejando abierto el camino hacia el mar; pero el resultado no fue peor que si el tal camino hubiera sido defendido por 50 millones de soldados.

Cuando de defender menos de la parte que nos correspondía, pasamos repentinamente a encargarnos de una porción mayor que la que estábamos en condiciones de defender, y al desastre de Gouth siguió el aviso de Haig de que los alemanes habían roto nuestra línea, el pánico aquí fue tan completo, que el gobierno abandonó frenéticamente la cuestión de la cosecha y empezó a reclutar irlandeses (en papel); sin embargo, el desenlace fue más victorioso para nosotros que si Haig hubiera hecho estallar 19 volcanes simultáneamente en las lomas de Messines y se hubiese precipitado como una avalancha sobre Berlín. Los turcos nos arrojaron al mar en Gallipoli. hicieron salir huyendo a nuestra flota del estrecho, y se apoderaron de Kut y del Gran Towshead como el gato del ratón.

Pero, con todo, la cosa les salió igual que si nos hubieran regalado a Constantinopla y a Bagdad sin disparar un tiro.

El ejército americano

El ejército americano estaba tan falto de experiencia militar al principio, que tuvo que ser protegido por el ejército francés, y tan pronto como se le dejó solo, sus líneas de comunicación quedaron interrumpidas y dos días se estuvo sin comida ni municiones, enteramente a merced de los alemanes (si éstos lo hubieran sabido); sin embargo, el ejército americano barrió de alemanes el saliente de St. Mihiel y salvó al Coronel House de tener que mandar al General Pershing a casa para que lo hicieran candidato a la presidencia como premio consolador.

Yo le pregunté a un corresponsal de guerra inglés cuáles eran sus razones para decir "que el ejército inglés podía reventar al ejército americano". Me contestó que el ejército americano podía reventar igualmente a cualquiera de los ejércitos aliados. "Pero ¿por qué?"—insistí yo.—"Pues aquí tiene usted la explicación; supongamos que en sus líneas de comunicación, de las cuales depende todo, usted le ordena a su gente maniobrar hacia la derecha. El soldado inglés gira seguidamente hasta colocarse a un pie de su derecha. El soldado francés, a dos pies. El soldado beiga, a tres pies, y el soldado americano le preguntará a usted que con quién diablos se figura usted que está tratando y tomará seguidamente la resolución de que ningún automóvil del Estado Mayor le va a dejar atrás su «lorry», si él puede evitarlo. Y aquí tiene usted por qué el cachazudo inglés puede derrotar al bravo y fanfarrón muchacho americano en toda ocasión en que se trate de puro arte militar." Me atrevo a decir que hay mucha verdad en esta pintoresca comparación. El modo cómo los muchachos americanos se destrozaban y derrotaban a sí mismos por precipitarse sobre las ametralladoras sin tanques, en tanto que los hombres de Haig, que habían aprendido su lección, salían del paso con sólo la tercera parte de las pérdidas americanas, oprime el corazón.

No contribuya a que los americanos aprendan en poco a los ingleses como guerreros. De igual modo que todos los aliados, los ingleses han sufrido innumerables reveses. Ellos han sido derrotados por los turcos y por los alemanes, en batallas que llenarán más de una página gloriosa en la historia

de los turcos y los alemanes, y que no serán de ninguna manera mencionadas en la historia inglesa. Ellos han sido puestos en fuga a veces con un esplendor tan cómico que podría rivalizar con el más bufo episodio de una película de Chaplin. Pero, como dicen ellos mismos, ¿y qué? En la batalla de Waterloo, los artilleros ingleses se dieron a la fuga tan concienzudamente, que el duque de Hierro nunca permitió que se escribiera una historia oficial de la batalla. Pero los ingleses se salieron con la suya. En 1914 el ejército francés, según el mismo Joffre lo declaró sin rodeos ante Europa, se cubrió de ignominia por su desordenada retirada de Namur. El ejército portugués, después de sostenerse en una posición de mucho peligro por varios días, aparentemente con irreducible valor, volvió de pronto la espalda al enemigo y echó a correr como una liebre. A no ser por la oportuna intervención del general inglés Lord Cavan, los italianos que se rindieron en Caporetto hubieran sido condenados a morir de hambre por sus mismos comandantes. Yo quiero presumir, mientras escribo esto para América, que ningún americano retrocedió jamás, ni corrió, ni se sentó a llorar como un niño, ni que dejó jamás de «posar» rara su retrato en el próximo número de "Life". Pero el soldado americano sabe a qué atenerse en su fuero interno y a él es a quien corresponde decir a sus paisanos la verdad cuando les oye explicando "de qué manera el ejército americano ganó la guerra cuando todos los carepeos habían sido ya desbaratados."

Hecha la liquidación final, Inglaterra queda siendo el poder más formidable, la fuerza militar más grande del mundo. Yo insisto en eso con toda intención, no ciertamente por fanfarronería jingoista, al estilo de los que se banean de gusto refiriendo aquello de que Von Kluek había alegado en su propia defensa que en la retirada de Mons el soldado inglés, aun en el momento mismo en que el ejército inglés retrocedía corriendo a una velocidad de ocho millas por hora, conservaba todavía una increíble e imposible reserva de energía guerrera (quizá por carencia de imaginación), sino porque creo que el más peligroso error que podría cometerse ahora en el mundo, sería el que América apreciase en poco la fuerza militar de Inglaterra.

No creo yo que hay mucho peligro de que suceda lo contrario. Inglaterra sabe bien que ella no hubiera podido ganar sin

América. Los materiales suministrados por América antes de que los Estados entraran formalmente en la guerra, y la asombrosa prueba de su habilidad para enviar hombres por millones a través del Atlántico, con una rapidez que nadie soñó antes, tuvieron un efecto mucho más eficaz que sus hazañas en el campo de batalla, ya que el ejército americano no había tenido tiempo de aprender su negocio en ese ramo y sus proezas no pueden darnos idea exacta de lo que hubiera sido capaz de hacer después de afeitado. A los ejércitos ingleses y alemanes les costó años el llegar a adquirir alguna eficiencia, y quizás el ejército francés, a despecho de su desastre inicial, era probablemente el mejor preparado al principio, si bien yo puedo estar influido al sostener esto por mis propias observaciones y comparaciones de lo poquito que pude ver antes de la guerra en Treves y en Toul del movimiento diario de los soldados franceses y alemanes.

Por supuesto, los alemanes pelearon espléndidamente; pero esto mismo lo hizo todo el mundo. Los héroes y las Termópilas estaban a seis por peseta en Europa antes de pasar tres meses desde la declaración de guerra.

En cuanto al pánico con que Mr. Balfour pidió socorro de América, este pánico prevaleció durante todo el tiempo de la guerra. Hubo momentos durante la campaña submarina en que era justificado, pero la mayor parte de este histerismo era crónico y despreciable. La Inglaterra civil y parlamentaria me recordaba a menudo a cierto boxeador que floreció cuando yo era muchacho. Su destreza y fuerza eran tales que siempre sabía bien en sus peleas, pero era tan nervioso que tenían que mantenerle un espejo en el ruedo para que a cada «round» pudieran demostrarle con el mismo espejo cuán injustificadas eran sus lamentaciones patéticas de que su cara estaba hecha un grñapo y de que debía rendir la pelea porque de no le matarían indefectiblemente. Estas gentes, con chillidos de rabia y de terror, denunciaban como pro-alemanes a todos cuantos se atrevían a formular la más ligera duda acerca de que los alemanes eran invencibles. Un autor bien conocido, en una ocasión en que Inglaterra estaba vapuleando fuertemente al enemigo, me dijo que "Inglaterra era su madre y que yo había pateado a su madre moribunda en el lecho de muerte": todo porque yo me permití decir que Alemania

no tenía la menor probabilidad de ganar y que el león inglés nunca había estado más fuerte. Por otra parte, la retirada de Mons dió lugar a la mar de fanfarronadas, ni más ni menos que si hubiera sido una obra maestra de estrategia victoriosa. “Estamos”—decían—“metiendo a los alemanes en una trampa.” Realmente, nada que se diga de la desmoralización producida por la guerra entre los civiles, puede ser suficientemente severo; pero, ¿está nadie en condición de tirar la primera piedra?

Los patrioteros americanos y las persecuciones

Usted puede decirles a los americanos de mi parte que ellos han comprometido seriamente el prestigio del republicanismo en todo el mundo, por su asombrosa repudiación, desde que sonó el primer tiro, de todas las libertades proclamadas en su Declaración de Independencia. Cuando ellos comenzaron por condenar a un pobre coronel jorgewashingtoniano a cadena perpetua y a partir de aquí iniciaron una serie de persecuciones que culminaron en la ridícula sentencia contra Debs (el patriarca del socialismo en los Estados Unidos, condenado a diez años de presidio por escribir en contra de la guerra), ellos desacreditaron a su propio país, desacreditaron a Wilson y le

dieron a Alemania, que había tolerado las audacias de un Liebknecht por un tiempo increíble, antes de condenarle al fin a cuatro años de cárcel, derecho a sostener que ella, aun bajo el Kaiser era más libre que los Estados Unidos bajo su decantada democracia. A los patrioteros americanos sírvase darles, juntamente con mis recuerdos, la noticia de que como republicano me siento avergonzado de ellos. Yo he tenido que salir a la defensa de Wilson, no como un americano, sino como un gran hombre del mundo que está muy por encima de los políticos de su país. Dios sólo sabe las atrocidades que cometimos aquí cuando no podíamos irnos a la cama sin el temor de que nos despertase una bomba cayendo a través del techo; pero al menos nosotros levantamos nuestros empréstitos de guerra sin acudir a la ayuda de rufianes asaltantes de periódicos.

Es todo cuanto tengo que decir acerca de los laureles. Dejemos a los jingoistas ingleses y americanos disputarse las hojitas de laurel a su sabor, que yo creo que su negocio y el mío entre tanto no es otro que el de arrancar el árbol de raíz y enterrarlo en un hoyo sin fondo.

Suyo,

G. BERNARD SHAW.”

La Causa de Irlanda según la ve Eamonn de Valera

PRESIDENTE DE LA REPUBLICA IRLANDESA

Los derechos de Irlanda a su independencia

Por EAMONN DE VALERA

(Reproducido de «The National»).

POR más de mil años Irlanda poseyó y ejerció plenamente su independencia y fue reconocida en toda Europa como una nación distinta y soberana. La esperanza de recobrar su soberanía completa y permanente ha vivido siempre en el corazón del pueblo irlandés y le ha impulsado siempre en sus actividades políticas. Toda cerca de Inglaterra como Bélgica de Holanda,

libertad le deben al pueblo irlandés el reconocimiento de la independencia de Irlanda, no sólo por el derecho indiscutible del pueblo de Irlanda a regir sus propios destinos nacionales, sino también porque ese derecho ha sido negado por Inglaterra por razones que son una negación de la libertad nacional en todas partes y subversivas de la paz y el orden internacionales.

Inglaterra por ser un poder marítimo dependiente para su seguridad de su armada, por razón de la proximidad de Irlanda, estima que es una necesidad práctica para ella el dominarla. Irlanda no está tan cerca de Inglaterra como Bélgica u Holanda,

o como Francia está respecto de Alemania, o Noruega respecto de Suecia, o Portugal respecto de España. Sin embargo, Inglaterra se resiste a la demanda de independencia de Irlanda, alegando que una Irlanda libre es incompatible con la seguridad de Inglaterra, o de la Gran Bretaña, o del Imperio Británico. Con una razón semejante, la subyugación de una nación pequeña por una nación grande que le quede cerca, sería muy fácil de justificar. Basándose en el ejemplo de Inglaterra, un Estado cualquiera podría reclamar el derecho de suprimir la independencia de cualquier nación cuya libertad considerase aquel Estado incompatible con su propia seguridad.

Esta misma proximidad hace esencial la independencia para la vida de Irlanda, si es que los derechos irlandeses no han de ser sacrificados a los intereses ingleses. Irlanda, según la Liga Naval Británica, es solamente una posesión naval que debe gobernarse para beneficio de sus amos extranjeros. Puesto que la prosperidad inglesa depende de su comercio marítimo, los puertos nacionales de Irlanda, los mejores de Europa, se mantienen vacíos de barcos mercantes, con la sola excepción del restringido tráfico existente entre Irlanda y la Gran Bretaña. Irlanda no puede admitir que los intereses de un país, sean los que sean, gocen del privilegio de anular los intereses nacionales de otro país. Si Inglaterra estuviera justificada en este respecto, los derechos nacionales dejarían de existir y todas las naciones tendrían que prepararse a someterse a intereses armados o a hacer guerra contra ellos.

El régimen inglés nunca ha sido para beneficio de Irlanda. Nunca ha tenido por norma el beneficio de Irlanda. Ha tenido, al contrario, todo lo que ha estado a su alcance para aislar a Irlanda de Europa y América, para retrasar su desenvolvimiento y para privarla de una civilización nacional. Todo lo que le falta a Irlanda de paz interior, todo lo que la pone a la cola de otros países en cultura y progreso material, todo lo que ha limitado su contribución a la civilización general del género humano, es consecuencia visible de la intrusión y dominación inglesa. La actitud inglesa ante la causa de la libertad nacional irlandesa ha producido resultados intolerables en Irlanda. Entre estos resultados los principales son: la despoblación y destrucción de las industrias y el comercio; la sobretaxación; la desviación hacia Inglaterra de las rentas públicas necesarias al desarrollo eco-

nómico y a los progresos de Irlanda; la explotación en beneficio del capital inglés; el fomento de animosidades inglesas; la represión de la cultura nacional; el mantener a Irlanda «bajo el microscopio» por un sistema monstruoso de férula policial; la perversión de la justicia; el servilismo como precio del ingreso en la judicatura; la corrupción del sistema de jurados; la organización del espionaje, del perjurio y de los delitos provocados, y el gobierno militar.

“El gobierno de un pueblo por sí mismo,” escribió John Stuart Mill, “tiene un sentido y una realidad; pero cosa tal como el gobierno de un pueblo por otro no existe ni puede existir.” En consecuencia, el pueblo de Inglaterra delega la facultad de gobernar a Inglaterra en una serie de sátrapas militares y civiles que son completamente irresponsables e independientes del control popular, inglés o irlandés y que no representan ninguno de los intereses del pueblo irlandés.

La completa liberación de Irlanda debe ser consecuencia de la aplicación de los principios americanos. La repulsa de estos principios está envuelta en la resistencia a reconocer los intereses de Irlanda a su propia determinación. Nos adherimos a las declaraciones numerosas en virtud de las cuales el Presidente de América ha puesto de manifiesto la persistencia de un principio evidente que le sirve de base a todo el programa que ha desarrollado. “Este principio es el de la justicia para todos los pueblos y nacionalidades y su derecho a vivir en iguales términos de libertad y seguridad los unos con respecto a los otros, sean fuertes o débiles. A menos que este principio no se reconozca como su base, ninguna parte de la estructura de la justicia internacional puede mantenerse en pie.”

Si Inglaterra se opone a la aplicación de este principio en el arreglo del asunto de Irlanda, Inglaterra quedará convicta indefectiblemente de que su política internacional está basada en sus propios intereses egoístas y no en el reconocimiento de los derechos de los otros; de que en sus futuros tratos con otras naciones habrá derecho a creer que cuando la oportunidad se presente atenderá a sus intereses por encima de los derechos de los otros; y de que ella se propone gobernar a Irlanda para lucrarse a expensas de Irlanda, para impedir el establecimiento de relaciones beneficiosas entre Irlanda y otros países y para poseer en ab-

solita seguridad tanto el dominio militar como el mercantil de todos los mares, pero especialmente del Atlántico del Norte.

En unas elecciones generales Irlanda ha demostrado ya claramente su voluntad. El pueblo irlandés es completamente apto para tomar inmediatamente las riendas de sus asuntos nacionales e internacionales. Nuestros conciudadanos son por lo menos tan aptos como cualquiera de los otros pueblos que disfrutan de un status nacional desde el comienzo de la guerra. Por un procedimiento no menos válido que el que haya podido usarse en cualquiera otra parte, el pueblo irlandés ha constituido un gobierno nacional. La restauración de Irlanda a la sociedad de las naciones libres sería una garantía de la buena fe del nuevo orden internacional y una voz de aliento para todas las pequeñas nacionalidades. Para los otros pueblos sería el más alto testimonio

de equidad el que la justicia de Irlanda no fuese negada, o vendida o demorada, y el mundo podría empezar a creer que el poder naval inglés no es hostil a los derechos y a los intereses legítimos de otros países. La voz de Irlanda en el concierto de las naciones estará siempre en favor de la paz y de la justicia. Su libertad no puede infringir la de ningún otro pueblo.

La ambición de Irlanda consistirá en restablecer aquel período de su antigua independencia de que ella está orgullosa, el tiempo aquel en que ella hacía generosamente partícipe de sus grandes riquezas a todas las naciones que tenía a su alcance, sin alimentar ningún pensamiento de recompensa o de ventaja egoísta. Y en la misma proporción en que Inglaterra demuestre su desinterés y buena voluntad, Irlanda mostrará que está dispuesta a colaborar para que el pasado pase a la historia.



Actuación de la mujer moderna

Gran agitación en el Japón a favor del sufragio universal para hombres y mujeres

LA agitación que ahora reina en los países occidentales en favor de la conquista del voto para la mujer, ha llegado también al Japón, con la peculiaridad de que son más los hombres que las mujeres los empeñados en este movimiento.

Parece que la posibilidad de una reforma electoral verdaderamente democrática se hará esperar mucho todavía en el Japón, pero son muchos ya los hombres prominentes que se han manifestado partidarios de una legislación más liberal en favor de la mujer japonesa. El doctor Gen Yamwsky, miembro de la Cámara alta de aquel país, en un discurso pronunciado en Abril 24, declaró: «que la situación no es, en lo que respecta a los derechos de la mujer, ni normal ni razonable».

El grito de «Voto para la Mujer» es solamente parte de una propaganda general en el país en apoyo de la democratización del sufragio, propaganda que hasta la fecha ha fracasado en la legislatura.

La Cámara Baja de Marzo 8 pasó la ley

es la más brillante poetisa y crítico-literario que se conoce hoy en el Japón. De un artículo que la señora Akiki ha publicado recientemente en la revista japonesa «Fujin Koron», transcribimos lo siguiente:

“La participación de nuestras mujeres en la política, está estrictamente prohibida por la ley en el Japón. Recientemente se celebró en Kanda una gran asamblea en favor del sufragio femenino y los iniciadores de la misma me invitaron para que hablase. Yo estaba entusiasmada con la idea de que podía representar la voluntad de las mujeres japonesas en tan señalada ocasión. Pero mi decepción fue grande cuando me enteré de que no podía ni siquiera concurrir al acto, a causa de que la ley prohíbe la asistencia de mujeres a reuniones políticas de cualquiera índole.

“Las mujeres deben levantarse a reclamar perentoriamente los derechos que les fueron arrebatados hace miles de años. Como súbditos del Japón, nosotras las mujeres somos y deseamos sentirnos siempre absolutamente iguales a los hombres. Nosotras contribuimos al desarrollo del país con nuestro trabajo mental y físico

cuenta de sus necesidades en el orden público. En el Japón, sin embargo, han sido los hombres los que han iniciado reformas educacionales en beneficio de la mujer, en tanto que nuestras mujeres, sin preocuparse en nada de sus propios intereses, han aceptado ciegamente los dictados de los hombres. En lo que respecta a los asuntos políticos, la situación es muy parecida. Son muy pocas las mujeres japonesas que piden el voto; en cambio hay muchos hombres empeñados en la campaña a favor del sufragio femenino. Uno no puede ni debe concederle el sufragio a la mujer mientras ella misma no lo pida. Por consiguiente, son las mujeres las que deben tomar la iniciativa y tan pronto como el movimiento se significase como la voluntad de la mayoría de las mujeres japonesas, la reforma en la Legislatura no se haría esperar.”

Otro personaje encumbrado del Japón, el Conde Yenkiehi Oki, miembro también de la Cámara alta, ha dicho:

“Mi opinión particular es la de conceder el voto a todas las mujeres madres de familia. Por madres de familia yo me refiero a aquellas mujeres que sostienen familias independientes. Hay muchas mujeres que son el único sostén de sus casas y a éstas no debe negárseles el sufragio.”

Por todo comentario, señalamos el gran parecido que existe, en punto a preocupaciones de cierta índole, entre la mujer japonesa y nuestra calladita mujer hispanoamericana.

Las mujeres italianas

En los salones de la «Banca Comerciales» de Roma, se celebró hace poco un gran mitin en favor del sufragio femenino. La baronesa Lavelli-Celestia pronunció un discurso que despertó mucho entusiasmo a favor del sufragio y de los delegados italianos en París. La asamblea envió telegramas a Orlando y a Sonnino. Pero las resoluciones de más significación fueron las aprobadas «para demandar urgentemente del gobierno la concesión del voto a la mujer italiana, siguiendo el ejemplo de otros países europeos y americanos, cuyas mujeres ocupan sitio ya en sus parlamentos».

Congreso sufragista Panamericano

La señora Alicia Moreau, presidenta de la Unión Feminista Nacional de la Argentina, en una carta dirigida a la «National American Women Suffrage Associa-

ción», propone la celebración de un congreso de sufragistas que deberá tener lugar en la ciudad de Buenos Aires en Julio de 1921, para el estudio y consideración del status civil y político de la mujer.

“Nos proponemos—dice la señora Moreau—concentrar nuestras energías en un movimiento general en toda la América en pro de nuestros ideales, confiando en que la cooperación de las representantes de los varios países promoverá la discusión de los diferentes problemas pendientes acerca de la posición de la mujer y será el medio de que se den a conocer las vías más prácticas para una pronta solución de tales dificultades. Esperemos que nuestras hermanas de los Estados Unidos de América nos den su apoyo activo, ya que el prestigio universalmente obtenido en el movimiento que ha culminado en tan rápidas y felices victorias, hace de ellas el mejor ejemplo en materia de instituciones democráticas y su ayuda moral sería el signo infalible del triunfo definitivo de nuestra causa.”

Hay la fundada esperanza de que un Congreso de esta magnitud puede traer como consecuencia el establecimiento de una organización permanente panamericana para encauzar y acrecentar las actividades dispersas de los grupos feministas de cada país americano. La proposición ha sido sometida a la señora Carrie Chapman Catt, presidenta de la «International Woman Suffrage Alliance» en los Estados Unidos.

Vemos que la cuestión del sufragio empieza a sacudir la anodorrada energía de las mujeres de nuestra raza. Hasta la misma España, donde iniciativas de esta índole tropiezan con tantas dificultades, mujeres muy ilustres empiezan a agitarse en favor de la idea. En Agosto de 1918 se constituyó en Madrid la sociedad denominada «Unión de las Mujeres de España.» Hablando de esta sociedad (que preside una marquesa, cuyo nombre no podemos recordar), dice la presidenta de «The National American Woman Suffrage Association»:

“Su campo de operaciones es aun más prodigioso que su programa, puesto que las mujeres de España sólo tienen derechos rudimentarios de propiedad y ni siquiera pueden gozar de la patria potestad sobre sus propios hijos. A despecho de las reformas educativas que han tenido lugar en el Norte de España, muy poco es lo que se ha hecho tendiente a la instrucción de la mujer. Pero las perso-

en pro del feminismo por la señora Quiroga y doña Emilia Pardo Bazán, no se extrañarán de este franco despertar de la mujer española.”

El Congreso de los Estados Unidos se decide por el sufragio femenino

Gracias a la porfiada y brillante labor de las sufragistas americanas, el Senado aprobó por fin la ley para introducir una enmienda en la constitución de los Estados Unidos por virtud de la cual le sea reconocido a la mujer el derecho al voto en todos los Estados de la federación. Esta resolución del Senado deberá ser ratificada por treinta y seis Estados antes que la enmienda propuesta comience a regir.

La dificultad ahora consiste en lograr que las Legislaturas de los varios Estados ratifiquen en tiempo para que las mujeres puedan tomar parte en la elección presidencial que ha de tener lugar en 1920. Y como quiera que hay muchas legislaturas que están ahora clausuradas, todas las asociaciones feministas americanas han redoblado sus gestiones para lograr que los gobernadores convoquen a sesiones extraordinarias para votar sobre la ratificación de la enmienda.

Las mujeres americanas comenzaron su lucha por el sufragio desde el 1840. Al principio la lucha tuvo lugar fragmentariamente, Estado por Estado. Y fue Susan B. Anthony la primera mujer a quien se le ocurrió la idea del cambio de táctica que ha culminado en la victoria legislativa de que acabamos de dar cuenta. Ella fue la que logró que las mujeres, sin perjuicio de continuar su lucha en cada uno de los Estados aisladamente, emprendieran una campaña nacional con el fin de que el Congreso de los Estados Unidos decretase una enmienda a la constitución que de una vez resolviera el problema para todas las mujeres de la Unión.

Actualmente hay quince Estados en que las mujeres poseen plenamente el sufragio; cinco donde pueden intervenir en las elecciones para presidente y para los funcionarios municipales; siete en que poseen el derecho a votar sólo en las elecciones primarias presidenciales que tienen lugar dentro de cada partido; once en que las mujeres sólo votan en asuntos escolares y de contribuciones y ocho donde no hay sufragio de ninguna clase para las mujeres.

En el momento en que la enmienda fue aprobada en el Congreso, las Legislaturas de Florida, Massachusetts, Michigan, Illi-

nois, Pennsylvania y Wisconsin estaban en sesión, y tres de ellas, Wisconsin, Illinois y Michigan, ratificaron en seguida.

La señora Carrie Chapman Catt, presidenta de la «National American Woman Suffrage Association», se dirigió en seguida a los gobernadores de 22 Estados solicitando que convocaran para sesiones especiales de la Legislatura a fin de que la enmienda fuera ratificada oportunamente. Varios gobernadores han contestado ya en sentido favorable. El Gobernador de California telegrafió que él convocaría con gusto para una sesión especial si se convenciera de que las Legislaturas de los otros Estados en número suficiente estarían dispuestas a ratificar, agregando que no tenía duda ninguna de que su Estado concedería la ratificación por unanimidad. Otros gobernadores han respondido manifestando su decisión de convocar inmediatamente: nos referimos a los gobernadores de New Hampshire, Indiana, Minesota, Nebraska, North Dakota y South Dakota.

Hasta la fecha el único gobernador de Estado que no ha respondido favorablemente es el de New Mexico. El señor Larrazolo, que este es su nombre, ha declarado que él no convocará a una sesión especial para ratificar la enmienda sufragista, porque la actual Legislatura de New México es contraria al sufragio femenino.

La Cámara Baja votó contra el sufragio de las mujeres en sesión de Febrero del año pasado.

En la prensa de estos días se considera ya como ganada definitivamente la gran batalla del feminismo americano, si bien no falta algún periódico que, con referencia a la ratificación para antes de 1920, considera muy difícil la victoria, ya que para ello es necesario convocar unos 18 Estados a sesión especial de sus Legislaturas y sería un prodigio que tal cosa se pudiera hacer en tan breve tiempo.

Frente a la Asociación Nacional de Sufragistas existe en los Estados Unidos la Asociación Nacional de Anti-sufragistas, que preside la señora James W. Wadsworth. Pues bien, esta señora ha declarado que una vez adoptada la enmienda a la constitución por el Congreso era «enteramente inútil seguir luchando contra el sufragio femenino». No obstante esto, un semanario anti-sufragista que se publica en Washington, «The Woman Patriot», trae en la cubierta las palabras de Clemenceau: «continuaremos la guerra hasta el último cuarto de hora, pues el último cuarto de hora será

nuestro». Este periódico conjura todavía a las mujeres sus compatriotas a que no desmayen en su lucha contra la emienda federal, ya que el movimiento sufragista, según dicho periódico, «está impregnado de socialismo, bolshevismo, internacionalismo, radicalismo y otras doctrinas perversas».

Vemos, pues, que en el movimiento de emancipación de las mujeres no podían faltar como no faltaron en el movimiento de emancipación de los negros, voces airadas de las mismas víctimas clamando por la continuación de la cadena.

Una Portia China

«Mademoiselle Tehen, Licencié en Droit»: estas son las palabras que aparecen en la tarjeta de presentación de una señorita china que hace poco pasó por New York en viaje hacia París. «Le Petit Parisien», «Excelsior» y el «London Mail» en su edición de París; todos han anunciado en largos artículos la llegada de Mlle. Teheng, exhibiendo su retrato que nos la presenta elegantemente vestida a la francesa. Los periódicos de París la han saludado como a una parisien, pues fue en París donde ella estudió Derecho y obtuvo su diploma de abogado.

Mlle. Tehen cuando estuvo en New York declaró que ella había tomado parte en la revolución que dió al traste con la monarquía e implantó la república de China. Fue a París como corresponsal de varios periódicos chinos en los círculos de la Conferencia de la Paz y además para actuar como una propagandista en pro de los intereses de China.

Mlle. Tehen es chiquita y en sus gestos y maneras presenta la vivacidad de una francesa templada por una gran seriedad de propósitos. Y lo más notable de su propaganda incesante a favor de la república china está en el hecho de que su padre era un alto oficial del gobierno Manchú, un mandarín. Es interesante la manera como fue educada. Su familia constituía una unidad social en sí misma. Se componía de setenta o más individuos—tíos, tías, primos, y su vida entera transeurría en el círculo de esta pequeña pero completa comunidad doméstica. Tenía sus diversiones particulares, su propio teatro, sus juegos, sus deportes y festividades. Los maestros venían a darles enseñanza a domicilio. La casa era muy hermosa, con sus columnas de mármol y su mueblaje ornamentado. Ella no se dió cuenta de todo esto hasta que no salió al extranjero. «Entonces»—dice ella—«me dió

cuenta de que en ninguna otra parte había visto nada más hermoso que mi casa.»

El padre de la señorita Tehen era hombre culto y de muy amplio criterio y esto explica el que le diese a su hija una educación más variada que la que suelen recibir las mujeres chinas, incluyendo un curso en una escuela de misioneros.

«Cuando comenzaron los trabajos para implantar la república»—dijo ella—«yo pude poner mucho de mi parte, porque aunque nadie ignoraba que pertenecía a los Manchús, nadie sospechaba de mí. Después que obtuvimos la república pensé que teníamos que conocer Derecho, y sobre todo Derecho internacional, y resolví salir a estudiarlo. Escogí a Francia, porque Francia era una república y había llegado a serlo por una revolución, y en París estudié cinco años y obtuve el diploma que me permite ejercer la profesión de abogado allí. Ahora bien, nosotros no deseamos otra cosa, sino que se nos devuelva la libertad que perdimos desde que el gobierno Manchú se apoderó del Poder. Ese Gobierno mantuvo atada a China durante 300 años. Era como si nos hubiésemos quedado dormidos. Éramos esclavos. No había progreso de ninguna clase, no existía ningún avance científico. El gobierno les cerró la puerta a todas las naciones extranjeras por miedo de que despertáramos. Se ha dicho de nosotros que somos muy viejos y que somos revolucionistas. China es un país tan viejo que hace dos mil años nuestro pueblo pudo ver la locura de las guerras y la filosofía de los ideales republicanos y bajo esos ideales vivíamos hasta que fuimos subyugados por los Manchús y no somos en manera alguna revolucionistas, ya que no puede pasarse de la monarquía a la república sin alguna violencia.

Las mujeres de España

María de Maetzu en los Estados Unidos

En el magazine dominical del «New York Times», con fecha 29 de Junio, se le consagra toda una página a la simpática e inteligente dama española, señorita María de Maetzu, que ahora se halla en los Estados Unidos enviada por el gobierno español a fin de que visite las principales instituciones americanas dedicadas a la instrucción superior de la mujer. La personalidad de María de Maetzu hace tiempo que se destaca en las avanzadas del movimiento feminista en España.

He aquí lo que dice de ella el «New York Times»:

“La señorita de Maeztu es una de las más altas mentalidades españolas. Después de obtener en la Universidad de Madrid diploma de doctora en letras, uno de los primeros títulos conferidos a una mujer en aquella fortaleza de la supremacía masculina, siguió sus estudios en otros países europeos y a su regreso a España se la puso al frente de las instituciones educativas de la mujer que el gobierno español estableció en 1907, bajo la Junta de Fomento de la Instrucción. Ella está también al frente de la institución conocida con el nombre de «Residencia de Señoritas», la única institución en España que tiene alguna semejanza con un colegio de señoritas americanas. «La Residencia de Señoritas» comparte sus edificios con el «Instituto Internacional de Niñas», que hace varios años fue fundado por iniciativa de elementos norteamericanos. En todo cuanto respecta a modernidad, la señorita de Maeztu no tiene nada que aprender de sus hermanas de este o de otros países. Cuando el otro día nos hablaba del notable progreso hecho por la mujer en España durante los últimos años, no se asemejaba ni en el grado más remoto a esa clase de mujeres que negligentemente hemos aceptado aquí como típicas de España: la Carmen de gracia y maneras gitanas, de negra mantilla y lánguidos ojos.

“La señorita de Maeztu nos dice que la educación de las mujeres españolas ha progresado extraordinariamente en los últimos diez años. Hace veinte años—si gue diciéndonos—era casi imposible encontrar una mujer estudiando en ninguna Universidad de España, si bien las mujeres españolas tenían derecho a estudiar cualquiera profesión y a desempeñar cargos políticos desde la promulgación del Código del Rey Alfonso el Sabio, hace ya varios siglos. Por una paradoja curiosa, en España es la opinión pública la que es conservadora, en tanto que las leyes son liberales. Es la opinión pública la que ha mantenido a las mujeres españolas en tan lamentable atraso, y no las restricciones legales. La mujer de España empezó a despertar a raíz del desastre que sufrimos durante la guerra hispanoamericana de 1898. El desastre de España y la pérdida de sus colonias fue lo que hizo ver a los españoles la necesidad de renovar su vida nacional si no queríamos des-

cender al nivel de las naciones más ínfimas. Los primeros signos de este despertar se advirtieron en literatura y arte. Novelistas como Azorín, Baroja y Blanco Ibáñez, y artistas como Zuloaga y Sorolla, eran pruebas vivientes de que una nueva España había nacido.

“Ellos llevaron a sus obras un sano espíritu de crítica para la España de otros días, un sentido de los nuevos valores.”

Luego la señorita Maeztu se refiere a la mujer española que, paralelamente con el despertar literario de los hombres de pensamiento, comenzó a darse cuenta de sus limitaciones y a suspirar por un grado más alto de cultura. El movimiento feminista en España, agrega, no ha adquirido todavía el sentido de un movimiento político. Las mujeres españolas irán al campo de la política a competir con el hombre dentro de muy poco tiempo, pero hasta el presente su evolución viene realizándose, casi exclusivamente, en la esfera educacional.

Luego la inteligente escritora habla de la mujer española de la Edad Media, de la cual asegura que era tan avanzada como las de cualquier otro país.

“En literatura teníamos a Santa Teresa de Jesús y a Sor María de la Cruz. No debemos tampoco olvidar a Beatriz de Galindo, famosa en los anales de la feminidad española, que era miembro de la Facultad de la gran Universidad de Salamanca. Pero nuestras mujeres perdieron más tarde todos estos privilegios y al comienzo del siglo XVIII habían descendido a un nivel de inferioridad que ellas no trataron de superar hasta hace unos veinte años.”

Habla María, luego, de Julio Burell, de quien dice que fue uno de los ministros liberales que más hicieron por la cultura de la mujer, pues fue él quien recordó las casi olvidadas leyes de Alfonso el Sabio, que admitían mujeres a las universidades, y logró que estas leyes se pusieran en vigor de nuevo.

“La fundación de la Junta de Fomento de la Instrucción en 1907, fue un paso muy importante, pues preparó el camino para el establecimiento de la «Residencia de Señoritas» en Madrid, en 1915.”

De esta institución dice que tiene setenta pupilas. El curso de estudios es muy avanzado. Al terminarlo las muchachas van a la Universidad de Madrid a sufrir examen. Si las aprueban, tienen derecho a entrar en la Universidad ni más ni menos que los estudiantes hombres. Hace muy pocos años

no había una sola muchacha estudiando en la Universidad de Madrid, en tanto que ahora hay cerca de cien, y probablemente hay un número igual repartido entre las otras universidades de España.

Desde que el Instituto de segunda enseñanza comenzó a admitir muchachas, miles de ellas han pasado por allí y se están preparando para el ingreso en las universidades. Sólo en el Instituto de Madrid hay ahora 250 muchachas estudiando, a pesar de que sólo hace un año que se fundó. La mayoría de estas muchachas seguirá estudios en la Universidad.

“Francamente, yo no sé lo que sucederá cuando estos miles de muchachas se presenten de pronto a matricularse en las universidades de España. Mientras ellas venían en grupos de dos y de tres, el problema era distinto y encontraban muy poca oposición. Pero es posible que al llegar al por mayor los hombres se les subleven en contra. Puedo decir, sin embargo, que hasta la fecha las mujeres que estudian en las universidades españolas no han tenido el menor motivo de queja. Los hombres las han tratado invariablemente con mucho respeto, no obstante el hecho de que su presencia en las aulas les parece a los españoles de tiempo viejo una extraña innovación.”

Cuanto a la intervención de la mujer en la política, María asegura que tan pronto como sus paisanas se den cuenta de su inferioridad en los asuntos públicos, irán a reclamar el voto con las mismas energías y entusiasmos que han demostrado en estos últimos años por mejorar su instrucción.

“Un aspecto interesante del movimiento progresista femenino en mi país, es que casi exclusivamente está limitado a las mujeres de la clase media. Las de la aristocracia se mantienen a distancia, pues la mayor parte de ellas sólo se preocupan de frivolidades. Y en cuanto a la mujer de las clases populares, todavía no ha despertado a las posibilidades de una educación más alta. Las muchachas de la clase media son una materia prima excelente. Son inteligentes en un grado extraordinario, deseosas de aprender y constituirán un hermoso baluarte contra cualquiera clase de tendencias reaccionarias que pugnen con llevarnos hacia atrás. Estas muchachas son las hijas de los médicos, abogados, etc., y están acostumbradas en sus casas al libro y a la conversación acerca de libros. El progreso hecho

por ellas, yo estoy segura de que ha sido más rápido que el de las mujeres de otros países de Europa, en la primera etapa de la misma evolución.”

Cuando las mujeres de este temple se den cuenta de la marcha de los asuntos políticos, nos asegura la señorita de Macztu que no tardarán en apreciar lo ilógico de que los hombres tengan derechos superiores. Pero la mujer española es, según ella, esencialmente conservadora, amante de la tradición, y aunque su espíritu está abierto a las nuevas ideas, todavía no han empezado a sentir ímpetus de rebeldía contra las cosas en el estado en que están.

Cree ella que el movimiento para obtener el voto comenzará en Cataluña, que es una región más europea que el resto de España. Pero dice que aún en la conservadora Castilla empiezan a verse los primeros síntomas de aspiración política por parte de las mujeres.

“En la escuela de muchachas que yo dirijo, el único hombre que tenemos es un viejo portero. Cada cierto tiempo le oímos decirnos que tiene que salir a votar. Y siempre se forma el consiguiente alboroto entre las muchachas. ¡Y pensar —exclaman— que la única persona de aquí que puede votar es este pobre viejo que no sabe leer ni escribir!”

Con qué derecho?

(De la Revista puertorriqueña
“La Mujer del Siglo XX”)

El crítico más benévolo al contemplar el modo de funcionar la Legislatura de Puerto Rico tiene que observar la manera desgraciada de perder tiempo que tienen nuestros hombres. Si sumáramos los «Yo no me propongo hacer un discurso, pero...» «Aunque no soy orador como los brillantes que me han precedido en el uso de la palabra...» «Sólo dos palabras porque el tiempo es corto... y el trabajo acumulado...» nos sorprendería el número de horas empleadas en rodeos inútiles. Añadamos a éstas las que se emplean en hablar de cosas que no tienen nada que ver con la ley que se discute, y las horas formarían días y los días semanas. Y como última adición al tiempo empleado en simplezas, pongamos la inutilidad de las horas empleadas en atacar el sufragio femenino. Pero nuestros hombres pretenden evitar lo inevitable y cierran los ojos ante la realidad despreciando el ejemplo de otros países.

Y pregunto yo: ¿Con qué derecho piden los hombres le Puerto Rico más libertades a los Estados Unidos, si en sus manos está el elevar la mitad de la población de la isla al mismo nivel político que ellos disfrutan y se niegan a hacerlo? Hombres con un concepto de la democracia tan pequeño y egoísta no merecen aún la que poseen. Yo propongo a mis paisanas: «Mujeres de Puerto Rico, ya que es inútil ir a nuestros hombres con razones, empleemos otros medios. Digamos a Estados Unidos: Estos hombres que piden más libertades para ellos no son capaces de compartirlas con sus mujeres a la medida de que ellos disfrutaban actualmente. No se les concedan más hasta que se hayan mostrado dignos de recibir las».

Y se me dirá con horror que «la ropa sucia se lava en casa», que cómo vamos las

mujeres a cometer semejante pecado contra el patriotismo. La ropa sucia podrá lavarse en casa pero no se limpia; para esto se necesita mucho sol, mucha luz, mucha yerba verde. No fue mujer quien inventó el adagio. En cuanto al patriotismo ¡cuántos crímenes se han cometido en su nombre! Por encima del patriotismo que es egoísta están la Justicia y la Humanidad. Seamos fieles a los principios más altos y no nos dejemos asustar con el fantasma de un falso patriotismo.

Y vuelvo a preguntar ¿con qué derecho piden ustedes, señores hombres, con qué derecho?

CARLOTA MATIENZO,

Representante de la Liga Feminista de Ponce, Puerto Rico, en los Estados Unidos.

